

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 499– martes 14 de septiembre de 2021

Un Gobierno inerte e incompetente

Emilio Álvarez Frías

Es curioso observar cómo un Gobierno es capaz de mantenerse, aunque cada ministro obre por su cuenta sin responder a una línea general que del Consejo de Ministro debiera emanar, bajo la batuta de un presidente serio, equilibrado y convencido de a dónde considera debe ir el Estado para arribar a buen puerto, sin que el país anduviera desarticulado cada dos por tres. Porque eso es lo que ocurre en el presidido por Pedro Sánchez. Deberían aprender de Franco, aunque solo pensarlo les retuerza las entrañas. Franco decía a todo el mundo que no se metieran en política, como él hacía. Los asuntos se trataban en el Consejo de Ministros, se discutía todo lo que fuera necesario, y luego el Jefe del Estado decía al correspondiente ministro: ¡hágalo! Y el ministro se ponía a la faena, daba periódicamente cuenta a Franco de cómo iba el asunto, sin apartarse de lo acordado ni un pelo.

En el momento de escribir estas notas, no hemos tenido la oportunidad de escuchar a Pedro Sánchez en el programa montado por TVE para que se luzca de cara al nuevo año político, programa que habrá aprovechado para hacer un canto a todo lo bueno que ha realizado durante su mandato, lo perfecto que van los asuntos de España en todos los aspectos y los grandes objetivos que espera alcanzar siempre que la oposición no tenga comportamientos en contra de la Constitución, como osadamente suele decir cuando es él quien continuamente actúa contra la ley de leyes.

En este número:

- ✚ **Un Gobierno inerte e incompetente**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Un artículo retrospectivo**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **¿Es la homofobia peor que otros delitos?**, *Roberto Blanco Valdés*
- ✚ **La economía del deseo**, *Juan Manuel de Prada*
- ✚ **El gobierno del error LGTBII**, *Mateo Requesens*
- ✚ **La Diada: ignorancia y odio**, *Jesús Laínz*
- ✚ **Señor Biden, váyase**, *Eduardo Inda*
- ✚ **Isabel Díaz Ayuso, sobre la manifestación contra la homofobia: «El Gobierno Sánchez nos toma por imbéciles**, *Juan Velarde*

Porque Pedro Sánchez suelta sus ideas y deseos de cada momento sin que tengan una continuidad con lo del día anterior, o el mes precedente; sus ministros andan más o menos a la gresca en cuanto a cómo se debe sacar adelante este o aquel proyecto, ya sea de subir el salario mínimo, ya de ajustar el precio de la energía eléctrica, y se tiran piedras en la prensa y sobre todo en los twitter; el ministro de universidades, como el Gobierno no tiene otra cosa que hacer, anda ocupado en la reforma de la ley que rige el funcionamiento de estas instituciones por aquello de poder bajar el nivel de los enseñantes, para que en vez de tener que ser catedráticos, «maestros» eminentes, pueda valer cualquiera como Pedro Sánchez o Pablo Iglesias por poner dos ejemplos de profesores que han pasado por alguna Facultad; la cuestión del covid sigue manga por hombro, el Estado se desentendió del problema, las Comunidades actúan cada una intentando ajustándose a cómo van los contagios, el comportamiento de los paisanos de las mismas es notoriamente incivil, lo que impide que se corte la pandemia porque la autoridad del Estado no toma las medidas adecuadas; quienes con galones o estrellas actúan en el Ministerio del Interior andan enfrentados con un ministro (o viceversa) que cada día demuestra su incapacidad de ejercer la potestad que el cargo requiere y está a la gresca con los Generales; y no seguimos porque no pocos de los que quedan son detritus que habría que eliminar dado que es supina e ignara la incapacidad de quienes ostentan los ministerios, el esfuerzo que hacen para llevarlo por buen derrotero no es excesivo.

En este Gobierno prepondera el verbo de su presidente que, como es sabido y hemos dicho anteriormente, es un personaje que carece de convencimientos sobre lo que hay que hacer salvo aquello que se le mete entre ceja y ceja. En consecuencia, navega cada día con una barca distinta por mares parecidos y tomando rumbos disímiles según lo que soplan los vientos. Y, en consecuencia, sus deanes son aficionados al batiburrillo al actuar, teniendo en cuenta que las ideas del presidente tampoco son luminosas y sí en muchas ocasiones perniciosas.

Que Dios nos acompañe. Que sea benigno con las atrocidades que lleva a cabo estos escribas que intentan introducir las nuevas normas de vida, estos sacerdotes del templo que creen haber descubierto una nueva Arca de la Alianza, estos fariseos amantes defensores de la interpretación de la Humanidad desde su óptica depravada y envilecida. Nosotros somos partidarios de mantener la tradición aunque renovada al momento presente. Como el botijo que presentamos, que, sirviendo para lo mismo que el primero que hicieran los fenicios, el artista lo ha dado motivos decorativos distintos y lo ha esmaltado con productos de la época.



Un artículo retrospectivo

Manuel Parra Celaya

Las hemerotecas son muy importantes, incluso las particulares y modestas por propia definición. De la mía he encontrado un recorte que guardé, Dios sabe por qué, correspondiente a *La Vanguardia* de Barcelona, de fecha 9 de septiembre de 1990, es decir, hace la friolera de veintidós años; el título es bien significativo: «*Tres diócesis piden a los inmigrantes (aún no se había establecido la cursilería de migrantes) que se catalanicen por haber sido acogidos*».

La información en cuestión se hace eco de la *Hoja Diocesana (Full Diocesà)* editada conjuntamente por las diócesis de Tarragona, Vic y Solsona, con motivo de la inminencia de la celebración de la *Diada* (11 de septiembre) de aquel año, y el artículo lleva como única firma el de *Redacción*, con lo que se supone que es responsabilidad de la publicación y de sus directores, en este caso, los señores obispos, aunque se apresura *La Vanguardia* a aclarar que estos «no participan directamente en la redacción del documento», pero que «los componentes del equipo redactor cuentan con su confianza y con absoluta autonomía».

El título del documento es «*Voluntad de ser*», y, por una parte y a pesar del enfoque llamativo de quien lo reproduce, se dirige a todos los catalanes para que «*reafirmen sus señas de identidad*»; en opinión del director del *Full Diocesà*, el motivo es que «no hemos conseguido una voluntad de ser porque todavía nos falta una mayor sensibilidad de lo que significa pertenecer a este país» (evidentemente, se refiere a Cataluña). Por otra parte, con menos énfasis, se insta a los inmigrantes también a catalanizarse, ya que es imprescindible que «se arraiguen al país en el que están, como muestra de agradecimiento por haberlos acogido, de la misma forma que lo hizo Jesucristo con el pueblo judío». Aclaremos que, se nos escapa por completo la posible profundidad evangélica de la comparación, pero en fin...

Siempre según la referencia de *La Vanguardia*, el proceso de catalanización «debe incumbir a todos los estamentos de la sociedad, incluida la Iglesia, que, como institución, debe examinar sus estructuras y servicios, con el fin de convertirse más catalana cada día»; menos mal que añade, al final, «más católica, milenaria como son sus raíces entre nosotros».

En fin, de aquellos polvos vinieron estos lodos. Este editorial del *Full Diocesà* de hace veintidós años –como otros anteriores y posteriores– iba preparando el terreno para la



situación traumática que se vive hoy en Cataluña, y en la que han colaborado estrechamente gran parte de la Jerarquía y del clero de la Iglesia. Para no remontarnos mucho en el tiempo, recordemos el manifiesto de los *trescientos sacerdotes y diáconos* a favor del *derecho a elegir* el 1 de octubre de hace cuatro años o el reciente escrito de los obispos de la Tarraconense –refrendado por la Conferencia Arzobispal Española– en posición más que

favorable al indulto de los golpistas del *procés*. Insistamos en que la cosa venía de más atrás, incluso bajo los gobiernos de Franco.

Ciñámonos al aspecto religioso, pues es redundante insistir en el político. Digamos que la Iglesia en Cataluña, *como institución* regida por hombres, ha dejado los Seminarios casi yermos por falta de vocaciones; además de otros condicionantes sociales en ámbitos más amplios, no cabe duda de que esta *secularización* de la sociedad catalana debe mucho a la deriva política de marcado signo nacionalista y separatista que ha venido adoptando, en lugar de centrarse en el aspecto pastoral, que es el que le corresponde por definición.

La cuestión –y ya entramos en el tema de la inmigración– es que se ha hecho necesario *importar curas* desde lo que antaño se consideraban tierras de misión (ahora, prácticamente toda España y Europa); por el contrario, en los países que se denominaban, casi

despectivamente, Tercer Mundo, siguen floreciendo vocaciones sacerdotales. Algunos de los sacerdotes allá formados y consagrados vienen a cubrir los huecos que han dejado los presuntos curas autóctonos, esos que tuvieron como prioridad el apostolado nacionalista y que no han conseguido nuevas levadas de seminaristas.

En muchas iglesias catalanas, el núcleo duro de los fieles y colaboradores parroquiales son inmigrantes, a los que no les importa un ardite la política nacionalista; eso cuando no se cierran los templos, como ha ocurrido ya con numerosos de Barcelona.

Cada vez que contemplo a un curita negro o hispanoamericano celebrando la Eucaristía, me pregunto si le van a exigir desde las alturas (terrenales, por supuesto) que haga obligatoriamente cursos acelerados de catalán, a riesgo de ser vetado en su sagrado ejercicio por los sucesores de quienes redactaban panfletos como el que ha dado pie a estas líneas. Y que conste que, a pesar de los esfuerzos del *Institut de la Nova Història* (Instituto de la Nueva Historia) no se ha comprobado que San Pedro y San Pablo eran oriundos de Cataluña.

¿Es la homofobia peor que otros delitos?

Roberto Blanco Valdés (*La Voz de Galicia*)

En el episodio del finalmente falso ataque homófobo que habría sufrido un joven en Madrid –en realidad una invención de la supuesta víctima para no perder a su pareja tras haberle sido infiel– hay algo de esperpento y mucho de manipulación política hecha a sabiendas por quienes –el Gobierno y sus socios– están obligados a asegurar la convivencia en paz y en libertad en lugar de agitar irresponsablemente las pasiones que provocan siempre las injusticias manifiestas. Y atacar de cualquier modo –por medio de insultos, presiones o agresiones– a las personas por sus preferencias sexuales es una infamia, que humilla no solo a quienes las sufren sino a cualquier persona de bien digna de tal nombre.

Por eso resulta increíble que, habiendo desconfiado la policía de la veracidad de los



hechos denunciados desde el momento mismo en que procedió a su comprobación, el presidente del Gobierno, el ministro de Interior o la ministra Ione Belarra, quienes no podían desconocer las averiguaciones policiales dada la trascendencia política que dieron desde el primer momento a la hipotética agresión, dejasen por completo de lado la sospecha de un montaje, para organizar un escándalo en su propio beneficio, acusando nada más y nada menos que a los partidos de

la oposición de instigar o contemplar con comprensión las agresiones homófobas que se producen en España.

Es ya un reflejo condicionado del Gobierno, como aquel de los perros de Pávlov, el hablar frívolamente de fascismo –ahora en forma de machismo y homofobia– cada vez que se encuentra ahogado en problemas que no logra resolver, con reflejo en una caída en las encuestas. Por eso, pese a saber con toda probabilidad lo que la policía sospechó desde

el principio –que estábamos ante un montaje–, el Gobierno *tiró palante* aplicando esa máxima del peor periodismo y la peor de las políticas: que la verdad no debe estropear nunca una historia que puede rentar sustanciosos beneficios.

Por lo demás, resulta sorprendente, aunque se haya convertido ya en un hecho habitual, que los únicos delitos de odio que parecen preocupar a este Gobierno sean los que afectan a la condición sexual de las personas, lo que sería comprensible si fueran los más numerosos en España. Ayer, y en estas mismas páginas, nos recordada que no es así Fernando Ónega: en 2020 hubo en España 277 agresiones por inclinaciones sexuales, 326 por razones ideológicas y 485 por motivos racistas.

¿Considera el Gobierno que es menos grave agredir a alguien por su raza, o por no ser nacionalista en el País Vasco, Navarra o Cataluña, que por su inclinación sexual? Su silencio sepulcral frente a los ataques por motivos ideológicos (en las que los agresores son casi siempre radicales de extrema izquierda) contrasta con el escándalo que organiza cuando las agresiones se deben a la condición sexual. Y no, no es esto último lo criticable, por supuesto, sino su cínico silencio cuando sus adversarios políticos son agredidos por los compinches de sus estrafalarios aliados.

La economía del deseo

Juan Manuel de Prada (XL Semanal)

No me cansaré de recomendar *La economía del deseo* (publicado por la editorial Nuevo Inicio), un libro extraordinario, de una perspicacia y una clarividencia asombrosas. En sus páginas, el autor –el teólogo metodista Daniel M. Bell– nos propone una originalísima aproximación teológica al capitalismo, que considera una negación del Dios cristiano, por someter el deseo humano, deformarlo y desviarlo de su verdadero fin.

La economía del deseo está lleno de reflexiones tan perspicaces como perturbadoras. Bell no considera que el capitalismo sea una mera forma de producción, intercambio y distribución de bienes, sino una «economía del deseo» que pretende lograr la mercantilización completa de la vida. Y que, lejos de la caracterización mostrenca que sobre él comparten tanto partidarios como detractores, no sólo no es «antipolítico», sino que promueve formas eficientes de política que hagan valer su fortaleza frente a cualquier enemigo. Pues el capitalismo global no se ocupa sólo de cosas puramente económicas, sino que es también ontológico; tiene una visión definida sobre el ser humano, cuya energía constitutiva –el deseo– se encarga de capturar y disciplinar, para someterla a sus leyes. Y, para probar este aserto, el teólogo Bell utiliza como hilo expo-itivo a lo largo de varios capítulos fascinantes el pensamiento de los filósofos marxistas posmodernos (precursores de lo que nosotros hemos denomi-

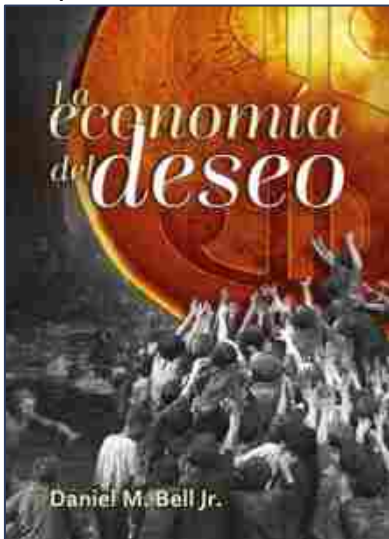


El hombre no está preocupado tanto por problemas reales como por sus ansiedades imaginadas sobre los problemas reales.

Epicteto

nado «izquierda caniche») Deleuze y Foucault, que supieron captar el alma del capitalismo, pero no lograron adivinar su estación final.

Frente a la visión clásica del cambio social, económico y político promovido desde el Estado o desde otras superestructuras equivalentes, Deleuze puso en circulación el concepto «micropolítica del deseo», donde «micropolítica» no debe entenderse como una cuestión de escala o tamaño, sino más bien una cuestión de estilo de organización. Si tratásemos de representar la «micropolítica» mediante un símbolo recurriríamos a una tela de araña o a una red que puede ser al mismo tiempo global, transgrediendo fronteras nacionales, e íntima, trasgrediendo las barreras de la conciencia, hasta penetrar en el poder motriz que impulsa –según Deleuze– a los seres humanos: el deseo. Deleuze piensa que la realidad humana se entiende mejor en términos de una infinita multiplicidad



de flujos de deseo que en términos de realidades estáticas que se resisten al cambio. Y considera ingenuamente que estos flujos de deseo pueden organizarse como redes de colaboración contra las formas rígidas y opresoras del poder, convirtiéndose en una nueva fuerza revolucionaria.

Foucault, por su parte, piensa que quienes deseen hacer frente a un orden opresor deben fijar su atención en otras instancias de poder que no son el Estado; pues, a su juicio, el Estado, aunque es un agente importante, no es hoy fuente ni centro del poder. Más bien se trataría de una especie de superestructura que alberga en su seno una serie de redes de poder presentes y activas en la sociedad, como la sexualidad, la familia, la tecnología, etcétera. Por eso, cuando Foucault habla de la «microfísica del poder» está pensando en «su forma capilar de existencia, el punto en el que el poder penetra en el seno de los individuos, toca sus cuerpos y se inserta en sus actos y actitudes, en sus discursos, en sus procesos de aprendizaje y en sus vidas cotidianas»,

al modo de un organismo sináptico que no actúa desde arriba, sino desde dentro del cuerpo social.

Deleuze y Foucault tienen en común la visión de una realidad habitada por individuos que están constituidos por el deseo, una fuerza que consideran positiva, por ser muy difícilmente aprehensible por el Estado. De hecho, el Estado, consciente de que estos flujos de deseo podían agrietar su fortaleza y hegemonía, en lugar de esforzarse vanamente en reprimirlos, terminó conformándose con regularlos y conectarlos con unas personas y una tierra concretas, en un ejercicio de «territorialización». El capitalismo ha sido capaz de organizar y someter estos flujos de un modo mucho más incisivo, demostrando que dispone de un poder mágico para disciplinar el deseo. Tan mágico que puede esclavizarnos de un modo tal que queramos o deseemos esa esclavitud, a la que absurdamente llegamos a llamar «libertad».

El capitalismo actúa primeramente «desterritorializando» los flujos de deseo (pues, a diferencia del Estado, no es territorial). Y, a la vez que «desterritorializa» los flujos de deseo, puede ejercer su poder infiltrándose en las conductas individuales. Para ello, según detalla Foucault, utiliza simultáneamente «tecnologías de la dominación» y «tecnologías del yo». Entre las primeras se incluye «un ensamblado heterogéneo de discursos, instituciones, leyes, medidas administrativas, declaraciones científicas y proposiciones filosóficas». Entre las «tecnologías del yo» se cuentan aquellos «medios que permiten a los individuos efectuar, por sus propios medios o con la ayuda de otros, un cierto número de operaciones sobre sus cuerpos y almas, pensamientos, conductas y forma de ser, con

el fin de transformarse a sí mismos para alcanzar así un cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría, perfección o inmortalidad».

¿No está Foucault describiendo, acaso sin pretenderlo, modalidades de infiltración en las conciencias como el transgenerismo, sin duda la «tecnología del yo» en boga? El capitalismo se sirve para conseguir sus fines de infiltración en las conciencias de lo que Deleuze denomina «sociedades de control». En las sociedades arcaicas, el cuerpo era canalizado a través de una serie de reclusiones –el colegio, el hospital, la fábrica, la cárcel, etcétera–, donde era moldeado de acuerdo a una norma. En las actuales «sociedades de control», las reclusiones disciplinarias del cuerpo son suplantadas por canalizaciones mucho más «blandas» –las modas indumentarias, los partidos políticos, las drogas, las series de televisión, las redes sociales, etcétera– que permiten que los cuerpos sean moldeados no sólo mediante la reclusión y la conformidad con la norma, sino también mediante una modulación flexible pero omnipresente. Al capitalismo ya no le basta con que los individuos asuman su lugar como productores y consumidores en sus fábricas o en sus centros comerciales, sino que les exige que sometan cualquier aspecto de sus vidas a la lógica de la economía, hasta erigirse en emprendedores de sí mismos que conviertan en mercancía su propio cuerpo, su sexualidad, sus pulsiones, incluso sus traumas y miedos más inconfesables.

Así, los cuerpos son entregados a la lógica del mercado. El deseo, nos enseña Foucault, es disciplinado por el capitalismo y sometido a la axiomática de la producción para el mercado, mediante un poder que pastorea todas las dimensiones de la vida, incluidas las dimensiones más puramente personales, logrando sin embargo que nos sintamos ingenuamente «libres». Al «desterritorializar» nuestro deseo –liberándonos del Estado, de la religión, de la familia–, el capitalismo nos deja «libres», pero se asegura de que el deseo sea luego «reterritorializado», convirtiendo nuestro cuerpo en una mercancía que se adapta a las necesidades del mercado, desdoblándose en géneros o identidades polimorfos que generen nuevas ganancias a la industria del ocio, a la industria indumentaria, cosmética, quirúrgica, farmacológica, etcétera. Deleuze y Foucault nos enseñan que el capitalismo no se ocupa solamente de responder al deseo de bienes materiales, sino

que está profundamente implicado en formar y moldear el deseo humano, para ponerlo al servicio de sus intereses.

Deleuze y Foucault concibieron ilusamente su proyecto filosófico como una contribución al esfuerzo revolucionario que liberase el deseo del abrazo del capitalismo. Pensaban que el deseo humano sería capaz de escapar a este abrazo, como antes había podido escapar a otras formas de poder más rígido. Y pensaban que el modo de lograrlo no era la destrucción del deseo, sino su intensificación, hasta lograr que se liberase



de todo orden. Se trataba de sobrepasar la capacidad del capitalismo para adaptar el deseo al mercado, hasta lograr una «desterritorialización» absoluta del deseo, de tal modo que no estuviese sometido a ninguna disciplina externa.

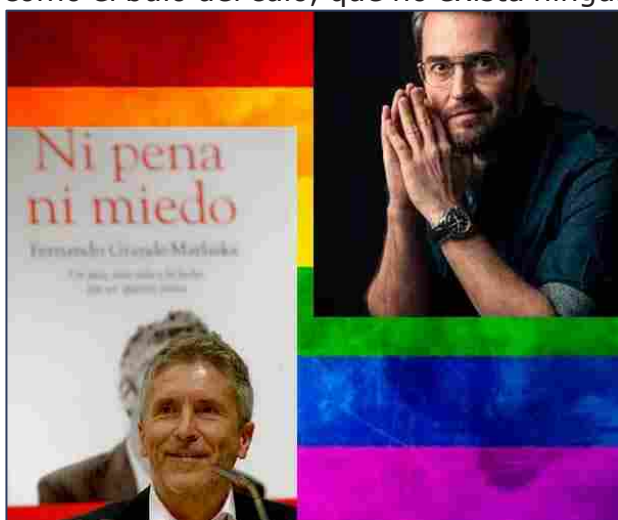
Pero Deleuze y Foucault no alcanzaron a entender que el capitalismo se caracteriza por su profundo poder «desterritorializante», que libera el deseo humano de las instituciones sociales establecidas y de los códigos por ellas impuestos. Pero, a la vez que lo «desterritorializa», lo «reterritorializa» haciéndolo esclavo de su propia dinámica. El capitalismo alcanza la hegemonía definitiva facilitando un deseo liberado de todo orden, un deseo que se rebela contra las limitaciones que le impone la naturaleza, un deseo intensificado hasta imponerse sobre la realidad de las cosas, hasta convertir nuestra propia identidad en un producto fungible y renovable más.

El gobierno del terror LGTBI

Mateo Requesens (*El Correo de España*)

Durante 1793 Robespierre impuso el Terror en Francia para salvaguardar la Revolución Francesa. Los cargos falsos en juicios amañados sirvieron para eliminar a sus opositores políticos y represaliar a todo disidente, aristócrata o no. En el proceso contra María Antonieta incluso se la acusó de mantener relaciones sexuales con su hijo el delfín, Luis XVII. Naturalmente la denuncia era falsa, pero daba igual, porque lo importante era la realidad que preocupaba a los revolucionarios que no era otra que impedir que la monarquía regresase.

Ese es exactamente el mismo criterio que ha defendido Marlaska y Pedro Sánchez sobre la realidad que a ellos les preocupa, que no es otra que la ideología LGTBI. Que el discurso del odio que denuncian no exista es indiferente. Los hechos dan igual, que la denuncia de la agresión homófoba en Malasaña haya resultado lo que popularmente ya se conoce como el bulo del culo, que no exista ningún tipo de banda dedicada a perseguir homose-



xuales, no sólo en Madrid, sino en toda España, que los delitos con móviles homófobos sean una anécdota, no impide que monten una manifa para imponer su discurso a toda la sociedad. La manifestación contra la homofobia en realidad es una concentración de sans-culottes de la ultraizquierda que amenazaran con llevar a la guillotina a todo aquel que no se conforme con su ideología LGTBI.

Marlaska ha dicho que «tenemos un problema estructural de discursos políticos», ha dicho, «con declaraciones contrarias a la tolerancia y a la diversidad, donde se ponen en tela de juicio leyes que garantizan derechos y libertades». Nuestro problema real es

tener un Ministro del Interior sin escrúpulos al que no le importa la verdad con tal de satisfacer sus propósitos ideológicos. Lo que alarma es que un individuo como Marlaska haya llegado a acceder a la carrera judicial cuando le es indiferente que una denuncia sea cierta o falsa.

La homofobia no es preocupante en España, es que preocupa es tener un pequeño Robespierre como presidente del gobierno. Lamentablemente, a diferencia de los jacobinos, a nuestro Robespierre particular la unidad de la Nación se la trae al fresco. Es decir,

tenemos lo peor de toda la izquierda europea. La izquierda española es la más radical del continente, es la única izquierda que persigue la fragmentación de su Nación, pero además también es la más inepta y estúpida en la gestión económica.

En cuanto al criterio del culpar a VOX de los crímenes con móvil homófobo, por su discurso político, aceptarlo supondría culpar también a Podemos y el PSOE de las agresiones sexuales que cometen esos «migrantes» o del tercio de los delitos que se cometen en España y de los que son responsables ciudadanos extranjeros o inmigrantes nacionalizados, por su discurso en favor de la inmigración masiva y la no repatriación de los MENAS.

Tenemos en el poder a los enemigos de España y a los enemigos de la libertad, ese es nuestro verdadero problema.

La Diada: ignorancia y odio

Jesús Laínz (*Libertad Digital*)

Nos ha tocado vivir en la era de las masas, ¡qué le vamos a hacer!, así que estamos condenados a que sean éstas las que tomen las decisiones políticas, hasta las más complejas y merecedoras de reflexión. Pero las masas no piensan; embisten. Algunos pensadores más dignos de atención que este humilde juntaletras ya lo dejaron claro hace mucho.

Por eso los ingenieros ideológicos separatistas, sabedores del papel decisivo de las masas, han dedicado sus esfuerzos desde hace décadas a prepararlas para que, llegado el momento oportuno, embistan en la dirección adecuada. Y para ello, nada mejor que comenzar desde chiquitos, que luego crecen y la cosa se pone más difícil.

Ya a comienzos de siglo varias voces muy autorizadas del propio catalanismo empezaron a denunciar las semillas de odio que estaban sembrando sus hasta entonces compañeros de viaje y que comenzaban a dar sus primeros frutos. Víctor Balaguer, figura central de la Renaixença, renegó del catalanismo político en su discurso de los Juegos Florales del año 1900 al expresar con contundencia:

Franca y explícitamente declaro que no soy catalanista, aunque sí catalán ferviente y convencido de corazón y raza, como quien más lo sea y pueda serlo. No pertenezco al bando de los catalanistas, ni habito en sus falansterios, ni comulgo con ellos, ni acepto el programa de Manresa, ni creo en el himno de Els Segadors.



Y concluyó deplorando los ideales catalanistas y sus «voces de odio y venganza».

Lo mismo, y por las mismas fechas, le sucedió nada menos que al inventor del catalanismo político, Valentí Almirall. En 1902 preparó la primera edición en castellano de *Lo catalanisme*, para la cual escribió un prólogo en el que renegó de «esta generación de catalanistas que a fuerza de exageraciones patrioterías ha llegado a descubrir que ha de declarar bárbaros a los no catalanes, y aun a los que no piensan, hablan y rezan como ellos, aunque hayan nacido en Cataluña»; y dejó constancia de que

nada tenemos de común con el catalanismo o regionalismo al uso, que pretende sintetizar sus deseos y aspiraciones en un canto de odio y fanatismo [...] En hora buena que los separatistas, por odio y malquerencia, sigan los procedimientos que crean que mejor les llevan a su objetivo, pero no finjan, ni mientan, ni pretendan engañarnos. El odio y el fanatismo sólo pueden dar frutos de destrucción y tiranía; jamás de unión y concordia [...] Jamás hemos entonado ni entonaremos *Els Segadors*, ni usaremos el insulto ni el desprecio para los hijos de ninguna de las regiones de España.

Pero lleguémonos hasta el 11 de septiembre, esa fecha tan sabiamente utilizada por los catalanistas para envenenar a los catalanes. No gastaremos inútilmente energías en explicar lo que explicó inmejorablemente otro egregio catalanista –aunque posteriormente se sumara al 18 de julio, imiserias de la condición humana!–: el escritor Josep María de Sagarra. Pues en 1922 explicó:

La mayoría de los catalanes que celebran la fiesta del Once de Septiembre seguro que no se habrán preocupado de estudiar o comprender las causas y los hechos de aquella guerra dinástica, profundamente antipática a nuestro criterio nacionalista de hoy.

Pero por ignorantes que fueran las masas nacionalistas, lo importante era que todos «habían oído hablar vagamente de Felipe V, del Archiduque, de Casanova, de la Coronela y de la entrada de las tropas» y que lo que quedaba de todo ello era «una idea heroica y legendaria de lucha y opresión». Y concluyó sus reflexiones sobre la implicación de las masas en la celebración casanovista señalando:

A todos los que mañana llevarán coronas no les vayáis con filigranas históricas de ningún tipo; si les preguntáis a dónde van, aunque algunos no sepan contestaros de un modo preciso, en el fondo de las miradas leeréis la misma respuesta: Vamos a hacer un acto de protesta. Pero no un acto de protesta fría o desesperada, sino una protesta en la que el odio va perfumado por las flores y el incienso que se quema ante las tumbas.

Atinó Sagarra aun queriendo alabarlo: ignorancia y odio. No hay nada más que decir.

Señor Biden, váyase

Eduardo Inda (*OKdiario*)

Todo en la vida es susceptible de empeorar. Los que amamos la política internacional en general y la estadounidense en particular siempre hemos tenido claro que Jimmy Carter había sido el peor presidente de la era moderna, si no de la historia. El secuestro de la Embajada estadounidense en Teherán durante los 444 días y 444 noches transcurridos entre noviembre de 1979 y enero de 1981 es un lunar que le persiguió hasta las elecciones de 1980 en las cuales perdió por el que es la otra cara de la moneda, Ronald Reagan, el mejor presidente del siglo XX a juicio de admiradores, destructores y mediopensionistas.

La toma de 66 rehenes estadounidenses fue una humillación histórica que se hubiese evitado si los servicios de inteligencia no estuvieran a por uvas, si la Casa Blanca se

hubiera mostrado más enérgica con el régimen terrorista del ayatolá Jomeini y si la operación de rescate de los Delta Force en la primavera de 1980 no hubiera terminado igualmente en desastre. El cacahuetero de Georgia no era el más listo de la clase, pero con toda seguridad sí el más gafe. Más que ganarlas con holgura Reagan, las Presidenciales de 1980 las perdió su antecesor. Y eso que el actor de Tampico era ya, a sus 69 años, un personaje archifamoso que venía avalado por una sobresaliente gestión como gobernador del estado más poblado y rico de la Unión: California.

Joe Biden es el presidente que nunca debió haber sido. Por edad, 78 años se antojan demasiados para ocupar la magistratura más importante del mundo, porque su salud es lamentable, porque su aparato locomotor está seriamente dañado como certificamos con esos trompazos que se pega cada dos por tres y porque pierde el hilo con inusitada frecuencia dando sensación de demencia senil. Circunstancia que se produjo en los debates con Donald Trump en no menos de 10 ocasiones. Si no hubiera sido por el virus expandido por la dictadura china y por la feroz, y en muchos casos justificada, campaña mediática, el histrión de la Quinta Avenida continuaría instalado en el Despacho Oval.

Lo que nunca pensé es que Biden la pifiaría tan pronto y tan bestialmente. La huida de Afganistán es el mayor gatillazo de los Estados Unidos desde la crisis de los rehenes con la que empezaba mi columna, con el igualmente penoso antecedente de la huida de Saigón en 1975. Seguramente en términos geoestratégicos las consecuencias serán aún más graves. Su excusa, «fue una decisión tomada por mi antecesor», es más propia de un mal pagador que de un tipo al que se le suponía cierta seriedad. Con haber dado marcha atrás al repliegue, bastaba. No hubiera constituido un capricho: el sentido común indica que no es mala cosa tener entretenidos a bombazos en Afganistán a los terroristas talibanes, al Estado Islámico y a Al Qaeda porque así no tendrán la tentación de abandonar el paupérrimo país centroasiático rumbo a ese Occidente en el que harán lo único que saben hacer: poner bombas y matar a diestro y siniestro.



No sólo eso. Los Estados Unidos no pueden abjurar de esa obligación moral que comporta ser los líderes del mundo libre. Ejercer de guardianes de la democracia es lo suyo cuando tienes el que de largo es el Ejército más potente del mundo, cuando gozas del mayor PIB del planeta y cuando una dictadura, China, y una autocracia, Rusia, te están pisando los talones económica y militarmente. La salida de Afganistán es un regalo para estos dos últimos países, deseosos de *okupar*, y no precisamente con métodos democráticos, el vacío que deja esa egoísta doctrina del *America first!* implementada por Trump y respetada escrupulosamente por Biden. El dinero que se ahorran por un lado lo palmarán en cantidades industriales por otro por la pérdida de la hegemonía a nivel mundial y no digamos ya si se produce un megaatentado en suelo estadounidense.

Biden, el presuntamente *progre* Biden, y Kamala Harris, la supuestamente feminista Kamala Harris, han abandonado a su suerte a las mujeres afganas. Si bien es cierto que no disfrutaban de igualdad plena con el hombre, no lo es menos que fue caer la dictadura teocrática talibán en 2001 y volver a poder vestir con cierta libertad, ir al colegio, estudiar

en la universidad, trabajar, conducir y salir a la calle sin la obligatoria compañía del hombre de turno. También desaparecieron las lapidaciones y el maldito burka y se occidentalizaron, tímidamente, pero se occidentalizaron. Biden y Kamala, Kamala y Biden, que tanto monta, monta tanto, han dejado tirados a su suerte a los gays, que pronto verán cómo les ejecutan por el psicopático procedimiento de arrojarlos desde un edificio de 10 plantas, como antaño, o con cualquier otro terrorífico *modus operandi* que salga de las mentes perversas de los nuevos gerifaltes afganos.

En resumidas cuentas han hecho un flaco favor al Estado de Derecho por cuanto desde hace tres semanas en Afganistán rige la sharia, la maldita ley islámica. Los ladrones volverán a contemplar, con horror, cómo les amputan una mano al primer robo y el pie de la pierna contraria al segundo. Y vuelven a ser moneda de uso corriente las ejecuciones sumarísimas, las detenciones arbitrarias, las violaciones, las expropiaciones, la persecución del ateo y el religiosamente diferente y la flagrante vulneración de los derechos humanos. Thanks, Joe.

Que Biden es un botarate lo ratifica el hecho de que ha transgredido los más elementales códigos de guerra, que obligan a sacar primero del país que has invadido a los civiles y después a los militares. El cuadragésimo sexto presidente de los Estados Unidos evacuó primero a los soldados, dejando un retén de apenas 4.000 efectivos, y después a los civiles. ¿Se puede ser más incompetente? El *cristo* estaba servido. Finalmente, y tras la consiguiente bajada de pantalones ante la chusma talibán, tuvieron que largarse de prisa y corriendo dejando en la estacada a decenas de miles de afganos que confiaron en ellos y cuya vida vale en estos momentos menos que un afgani (la moneda local) de madera. Las consecuencias de tamaña cobardía no se hicieron esperar: el Estado Islámico, cuyos miembros habían sido excarcelados por sus primos talibanes, pusieron varias bombas en el aeropuerto de Kabul cobrándose la vida de 13 soldados yanquis, amén de la de casi 200 ciudadanos locales. La imagen de Biden mirando el reloj en el recibimiento de los cadáveres de los 13 militares asesinados en Kabul vale más que mil palabras.



Con todo, lo peor está por llegar. Más pronto que tarde, el mundo libre reconocerá a los talibanes como los legítimos gobernantes. Me provocan arcadas las palabras de la Unión Europea por boca del otras veces tan hacertado Josep Borrell: «Vamos a dialogar con el régimen». Y el tío Joe va por el mismo camino: hace unos días envió a Kabul al director de la CIA, ni más ni menos que al iidiirector de la CIA!!!, a pedir árnica a los terroristas talibanes para poder evacuar a sus nacionales, y ahora, con la excusa de la lucha contra el Estado Islámico, también avanza que «podría colaborar» con ellos. Sencillamente, vomitivo. Esto es como si a Churchill y Roosevelt les hubiera dado por reconocer a Adolf Hitler, sentarse con él y doblar la cerviz servilmente.

Si el mundo no acabó siendo nazi fue porque apareció providencialmente un individuo, Sir Winston Churchill, que decidió contra viento y marea que no se podía negociar con el mal ni rendirse ante el totalitarismo. Mandó al carajo el apaciguamiento de Chamberlain y Halifax, se puso del lado de la opinión pública británica, venció y salvó la libertad. Lo de Afganistán es la definitiva renuncia de los dos bloques que guían el mundo libre, Esta-

dos Unidos y Europa, a defender y amparar la democracia. Malos tiempos para un planeta en el que se adivina en lontananza el sorpasso de la China del sátrapa Xi Jinping y en el que se palpa la amenaza permanente de una Rusia armada hasta los dientes. Vamos directitos, si Dios, Alá o un *impeachment* no lo remedian, a una «Edad Oscura» en hacertadas palabras del gran Alejo Vidal-Quadras. Por cierto: Carter también abrió un proceso de diálogo con los ayatolás iraníes. No sirvió para nada porque el personal de la Embajada no fue liberado hasta la toma de posesión de Reagan y, entre tanto, Jomeini humillaba día sí, día también, al «Satán americano» exhibiendo a los rehenes como si fueran monos de feria.

Dicen que Trump era un demente, cosa que algunos episodios certifican empíricamente, pero esta hecatombe no le hubiera sobrevenido porque habría puesto firme a esta panda de terroristas como ya hizo con el norcoreano Kim Jong-un. El problema es que ahora la superpotencia mundial tiene un comandante en jefe demenciado. ¿Con quién nos quedamos? Los estadounidenses lo tienen claro: con un Trump que, cuando la Presidencia de Biden no ha cumplido ni ocho meses, saca a su adversario entre 5 y 8 puntos de ventaja en todas las encuestas. Las secuelas de esta política pusilánime ya se dejan ver: las democracias tratan prácticamente de igual a igual a los patrocinadores de Al Qaeda cuando lo que hay que hacer es exterminarlos a bombazos, diarios occidentales como *El País* califican de «moderados» a los talibanes y ministras como la impresentable Montero equiparan la situación de la mujer en Europa y Afganistán. La libertad está en almoneda en todo el mundo por culpa de este abyecto relativismo y esta estúpida realpolitik. Señor Biden, váyase antes de que sea demasiado tarde. Como continúe en un puesto que le queda cinco tallas grande, acabará siendo el último emperador y el camino quedará expedito para el *diktat* chino. Tan claro y tan duro como eso.

Isabel Díaz Ayuso, sobre la manifestación contra la homofobia: «El Gobierno Sánchez nos toma por imbéciles»

Juan Velarde (*Periodista Digital*)

Es un alumno aventajado de Goebbels.

De esta guisa definió Eduardo Inda a Pedro Sánchez después de que esta semana del 6 al 12 de septiembre de 2021 intentara vender a la sociedad que la derecha había instigado la agresión contra un joven gay en Malasaña (Madrid) cuando esta ni siquiera tuvo lugar.

Y aun así, a sabiendas de que el argumento se le había agotado a la izquierda, el presidente del Gobierno ha seguido adelante con los faroles y este 11 de septiembre de 2021 ha alentado a la ciudadanía a manifestarse en la madrileña Puerta del Sol contra la homofobia.

Pero Sánchez se ha topado contra un buen muro de piedra berroqueña como es el que conforma Isabel Díaz Ayuso al frente de la Comunidad de Madrid.

La dirigente del Partido Popular se «maravilla» ante un Ejecutivo socialcomunista que ahora invita a la gente a manifestarse contra un hecho que es mentira, al tiempo que ha tenido adormilada a esa misma gente mientras se disparaba el precio de la luz, fallecían decenas de miles de personas por el Covid-19, se echaban cierres de empresas y se ponía de patitas en la calle a cientos de miles de trabajadores:

A mí también me sorprende que nadie dice nada en un país donde han muerto más de 100.000 personas en una pandemia, datos oficiales sin contrastar que ni siquiera sabe el propio Gobierno, donde se ha arruinado tanta clase media y se ha cerrado el trabajo y el negocio a miles de familias, de comercios, de hosteleros y empresarios. También con la subida de la luz y con un paro juvenil del 40%, nadie dice nada ni lo hace en la calle.

La jefa del Ejecutivo madrileño precisa que no piensa tragar con aquellos que intentan imponer leyes injustas o que promuevan cualquier tipo de división en la sociedad y avisa de que la izquierda, cuando ve en peligro su permanencia en el poder, intenta quemar las calles como tratará de hacerlo este 11-S:



No voy a tolerar que ni asociaciones ni colectivos ni leyes injustas promuevan más divisiones por sexos ni por identidades, desde luego en mi comunidad. Llamo a los ciudadanos a estar alerta porque cuando la izquierda va perdiendo el poder, cuando la izquierda va viendo el final en las urnas, cuando va viendo cómo se están sucediendo las encuestas, vuelve a las calles.

Ayuso reclama la dimisión del ministro del Interior, Fernando Grande-Marlaska, por haber intentado vender Madrid como el centro de la homofobia mundial:

Después de lo que ha pasado en estos días el ministro del Interior tiene que dimitir, primero porque Madrid es una región abierta, es una región plural, es una región que respeta los derechos y la libertad de todos los ciudadanos y no se puede consentir la imagen que han intentado trasladar de Madrid en estos días por motivos políticos.

Y asegura la presidenta de la Comunidad de Madrid que gracias a la actuación de la Policía Nacional se han podido esclarecer los hechos y exige al Gobierno socialcomunista que no tome por «imbéciles» a los ciudadanos:

Si no llega a ser por la actuación de la Policía Nacional, que intentan cuestionar desde el propio Ministerio, ni siquiera conoceríamos la verdad de estos hechos. Lo que me sorprende es que se llame a las manifestaciones a las calles a los ciudadanos por unos hechos que son mentira, probados mentira y sustentados en una denuncia falsa. Yo creo que el Gobierno de España toma a los ciudadanos por imbéciles.